

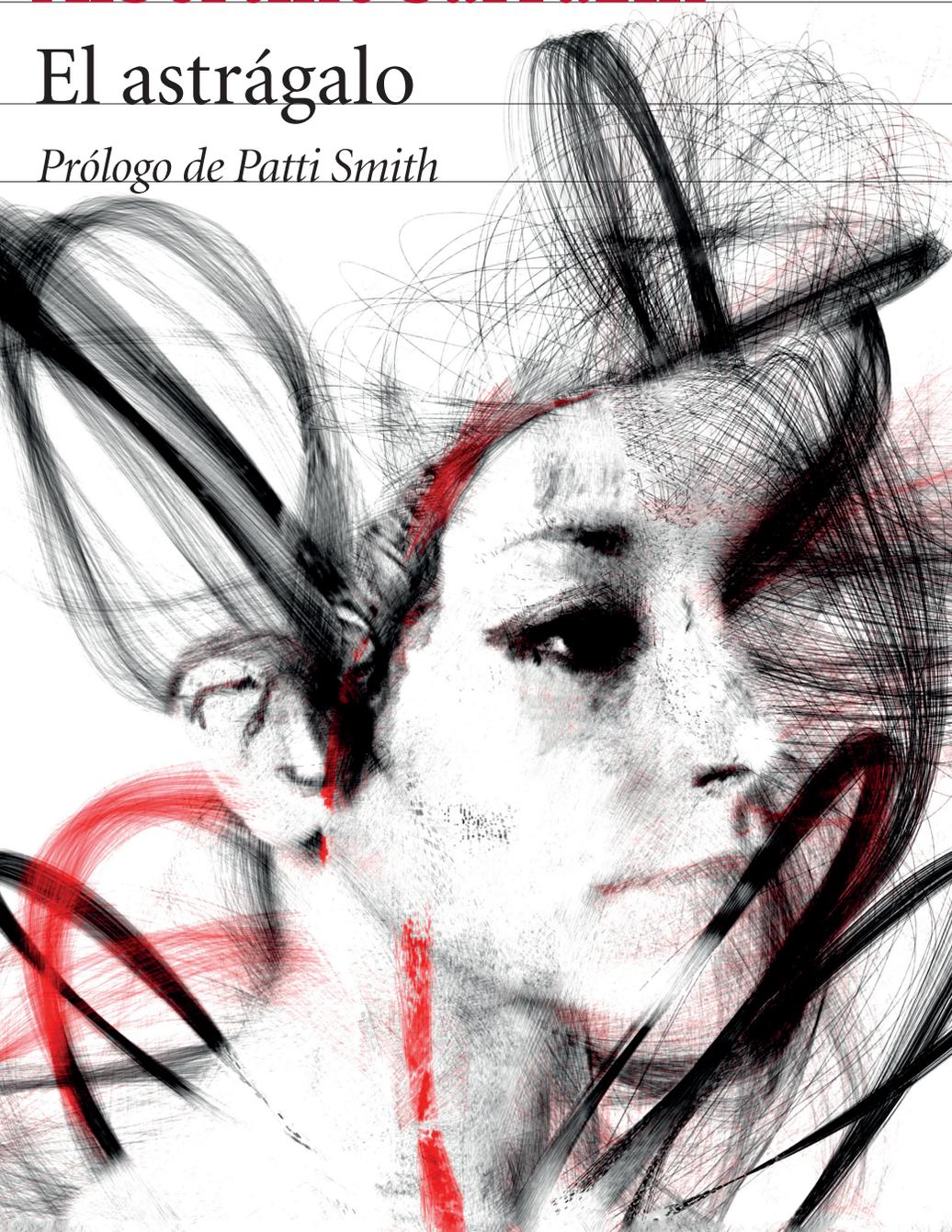


Seix Barral Biblioteca Formentor

Albertine Sarrazin

El astrágalo

Prólogo de Patti Smith





Seix Barral Biblioteca Formentor

Albertine Sarrazin

El astrágalo

Introducción de Patti Smith

Traducción del francés por
Javier Albiñana

CAPÍTULO UNO

El cielo se había alejado por lo menos diez metros.

Yo continuaba sentada, quieta. El choque debía de haber roto las piedras, mi mano derecha palpaba unos cascotes. A medida que respiraba, el silencio iba atenuando la explosión de estrellas que, al caer, parpadeaban todavía en mi cabeza. Las aristas blancas de las piedras iluminaban débilmente la oscuridad: mi mano se separó del suelo, pasó al brazo izquierdo, subió hasta el hombro y bajó por las costillas hasta la cadera: nada. Estaba intacta, podía continuar.

Me levanté. Mi nariz fue bruscamente proyectada contra las zarzas y quedé tendida con el cuerpo en forma de cruz: había olvidado examinar mis piernas. Atravesando la noche, voces sensatas y conocidas canturreaban:

—¡Cuidado, Anne, acabarás rompiéndote una pata!

Me volví a sentar y comencé de nuevo a explorarme. Esta vez encontré, a la altura del tobillo, un extraño bulto que se hinchaba y latía bajo mis dedos.

Cuando voy a la consulta, doctor, para intentar coger la baja, y le describo dolores imaginarios en sitios que considero inaccesibles...; y yo que tenía que subirles infusiones a la cama a mis compañeras, con mis pies de grácil modelo, yo que envidio sus indigestiones... Se acabó todo eso: ahora me vais a cuidar, vosotros u otros, tengo la pata rota.

Alcé la vista hacia lo alto del muro donde toda esa gente estaba durmiendo: ¡volé, chicas! He volado, planeado y dado vueltas durante un segundo largo, bueno, un siglo. Y estoy aquí sentada, libre de los de ahí arriba, libre de vosotras.

Esta tarde todavía estaba atiborrada de atropina y me había inyectado bencina en los muslos. Rolande ya estaba libre y no tenía ningunas ganas de esperar hasta que volviese a buscarme: hacía lo posible para que me enviasen al hospital, donde era más fácil sacar algo y los días se consumían más rápidamente.

—¡Pero si está usted verde! —me dijo la celadora por la noche.

—He debido de rozarme con la pared —dije, sintiendo que mis mejillas se volvían cadavéricas y contorsionándome como para intentar ver la

parte trasera de mi blusa. Precisamente estaban pintando las paredes del comedor, una pared amarilla, una pared azul, dos paredes verdes y los antepechos de las ventanas de color naranja para remedar el sol.

—¡No, la que está verde es USTED! ¡Su cara! ¿No se encuentra bien?

Pero no he tenido tiempo de saborear la primera infusión. No bajaré la suave pendiente que está al otro lado de los muros, detrás de la puerta. He preferido saltar. Sea como sea, estoy abajo, no muy lejos de la carretera. Tengo que llegar hasta allí, no quiero que me recojan a dos pasos del muro.

Todavía están lejos el sitio y la tarde en que volveré a ver a Rolande. Primero debo arrastrar hasta la carretera este bulto que no me deja andar... dos veces, tres veces, intento apoyar el pie: el rayo se despierta, me atraviesa la pierna.

Ya que mis pies son inútiles, andaré con los codos y las rodillas. Me arrastro veinte metros, tropiezo con la maleza, vuelvo a las piedras, intentando orientarme.

Ha debido de pasar otro siglo, no reconozco nada.

Mi tobillo está inutilizado, mi pie y mi pierna forman un ángulo recto. Los llevo como un peso, verticalmente, oscilan entre las piedras y las garras de los matorrales. La noche es opaca. Todos estos últimos meses, desde arriba, contemplaba

la espesura tan cercana a la carretera, y estaba segura de poderla reconocer con los ojos cerrados: todavía no eran ésos mis proyectos; sin embargo, automáticamente se abría paso una tentación constante de saltar y escaparme. Sonriendo al grupo de muchachas que se apiñaban tiritando alrededor de la celadora y apretando la mano que Rolande deslizaba en mi bolsillo, volaba abajo con las piedras y me levantaba burlona y purificada...

Y volvíamos a la luz arrastrando los pies. Dejaba la mano de mi amiga en mi bolsillo y hurgaba en el suyo para palpar a través de la tela la juntura de la articulación. Rolande, noto cómo se mueve tu hueso... Y nos reíamos disimuladamente y el pabellón iluminado confiscaba todos los sueños hasta el día siguiente.

Me arrastro. Mis codos se vuelven terrosos, estoy sangrando barro, se me clavan al azar las espinas de los matorrales, me duele pero debo seguir avanzando, por lo menos hasta aquella luz, una casa que puede indicarme dónde está la carretera... Entre la luz y yo hay una verja contra la que caigo: estoy bien aquí, tumbada de espaldas, con los ojos cerrados y los brazos relajados... Si me encuentran dormida, mala suerte. Pagaré este descanso con sumisiones, nuevos dolores. Iba hacia la tierra y en ella me quedo. Quizá el muro caiga conmigo y me oculte.

Me he incorporado y, apoyándome en las ró-

tulas, rodeo la verja. Una rodilla, un codo, una rodilla, un codo... creo que me voy acostumbrando. Sueño que vuelvo a empezar, que no me doy prisa: en lugar de correr como una loca, de empezar a bajar el muro agarrándome a las piedras y de abrir las manos en cuanto mi pie encuentra el vacío, busco para mi aterrizaje un sitio mullido, donde la hierba crece espesa y mullida...

Dejo atrás la casa, cuya lámpara sigue brillando. Continúo avanzando contra la pared, por la hierba del camino, codo, rodilla, codo... Aquí está la carretera, reluciente, dividida por una franja amarilla. En el arcén hay un marco de metal, con publicidad de una marca de gasolina: me agarro a él, el tablero cruje, voy a empezar a hacer autoestop aquí... No, París está en la dirección opuesta, atravesemos. El primer paso es de hierro al rojo vivo, el segundo, de gelatina, me dejo caer transversalmente sobre la franja amarilla, el primero que llegue me aplastará... Aquí está, es un camión: viene hacia mí y llevará a París trozos míos pegados a las ruedas. Contemplo sus grandes ojos amarillos. Se abalanza sobre mí.

El camión tuerce a pocos metros, se coloca en el arcén y se para. Oigo el resoplido de los frenos, suena un portazo y unos pasos se acercan. Permanezco aplastada, con los ojos cerrados.

—¡Señorita!

Me tocan unos dedos, que buscan, dudosos e inquietos.

—¿Quiere sacarme de la carretera? Sujéteme, creo que tengo una pierna rota —le digo.

El camionero me sostiene hasta el estribo del camión. Me siento ahí con el tobillo escondido en la sombra. No quiero mirar. Una farola cercana ilumina mi pie derecho: está terroso, el barro se está secando alrededor de las uñas negras y sube, formando gruesos brazaletes, hasta la rodilla, estriada por arañazos de los que brota suavemente la sangre. Aprieto los puños en los bolsillos de mi abrigo: es lo único que llevo puesto y empiezo a tener frío, frío hasta el corazón.

—¿Me da un cigarrillo?

El hombre saca un Gauloises y me da fuego. Veo su cara a través de la cerilla, la cara que tienen los camioneros por la noche: piel brillante, pelo que empieza a crecer y cierta expresión arrugada y fija.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Pues..., bueno, ya todo me da igual. ¿Conoce esta zona?

—Sí, hago este recorrido tres veces por semana.

Le señalo el sendero, donde el farol de la casa es la única señal en una masa confusa de árboles y muros.

—Entonces, quizá sepa lo que hay allí...

—Eh... Sí. ¿Y viene de allí?

—Sí. Hace media hora, una hora... No creo que me busquen todavía. Por favor, lléveme a Pa-

rís. Le aseguro que no tendrá problemas. Usted me deja en París y yo ya me las arreglaré.

El hombre reflexiona un rato y contesta:

—Yo la ayudaría, pero comprenda que su pierna...

—Pero aun así... Hasta París, señor. No le pido más. Nunca hablaré de usted, pase lo que pase. Créame.

—La creo. Pero no servirá de nada, «ellos» tienen medios que nosotros no tenemos. Tengo una mujer y críos, no puedo.

Me cojo el tobillo con las dos manos y me apoyo en la cabina para intentar levantarme:

—Bueno, entonces, márchese. Sólo le pido una cosa: no me denuncie en el próximo pueblo. Olvide este encuentro, sea...

Iba a decir «sea bueno», pero de repente me doy cuenta de la ridiculez de esas palabras, del gusto de este cigarrillo que se está consumiendo y de los diez minutos que el hombre me ha dado.

—Mire —dice—, lo que puedo hacer es pararle un coche. Quizá la lleve un particular... Le contaré un cuento...

Que haga lo que quiera. Yo lo único que querría es amputarme esta pierna y dormir, dormir hasta que me vuelva a crecer y despertarme riéndome de mi sueño. Hace poco, me escribía Cine: «Querida, he tenido una pesadilla: te habías caído, muy mal, desde muy alto, te sangraban las orejas y yo no podía hacer nada, solamente llorar... Al des-

pertar, cogí tu foto y suspiré de alegría porque no era verdad, seguiría viéndote como todas las mañanas, con tu aspecto de monedita nueva, corriendo a la cocina con tu gran cacerola llena de leche...»

¡Cuánto nos reímos Rolande y yo leyendo esto! Cine, la amiga del año pasado, que pensaba en dejarlo todo por mí, cuando yo la habría olvidado de no ser por el constante aliciente de aquellos billetes compactos y cuidadosamente doblados que una chica anodina y complaciente me traía casi todos los días... ¡Cine! Estaba cansada de sus certezas, de sus entregas posesivas, de la huella que creía haber dejado en mí, de su maternalismo, mi grandota, mi pequeña.

Había conocido a Cine en un tren. Hombres y mujeres se repartían el departamento, formando dos bloques bien separados. Los hombres cantaban, las mujeres callaban o lloraban. Me había pegado al cristal y veía alejarse París, cuyos contornos se emborronaban bajo la triple pantalla del cristal sucio, de la lluvia y de mis lágrimas.

—¡No hay que llorar...!

Sorbí por la nariz lo menos ruidosamente posible, me froté los ojos con los dedos y me volví hacia la voz. Una mujer de unos treinta años, ojos color de aceituna negra y moño negro, estaba sentada a mi lado, y su sonrisa era tan agradable como su voz. Dejé de llorar y la miré con más atención, desde el suave chal hasta las zapatillas

de sus pies. Me incliné un poco y vi debajo del asiento unos zapatos negros con tacones no muy altos: una finolis... Le pregunté:

—¿Mucho tiempo?

—Mucho tiempo... ¿cumplido o por cumplir?

—¡Por cumplir! Lo otro no me importa.

—¿Por qué? No es un secreto. En total siete años.

—Vaya, como yo... A mí me quedan cinco, ¿y a usted?

—Nunca se sabe lo que queda: están los indultos, la libertad condicional...

—Bah... —dije—, todo eso son pamplinas. Yo lloro porque estoy segura de que me voy de París por cinco años. Mire, además, ya se acabó. ¡Y esos hombres que no paran de cantar! Menos mal que bajarán durante el trayecto.

Intercambiamos nuestros nombres y edades.

—¡Menor! Pero cómo... —dijo Francine.

—¡Perdón, mayor! Mayor para el código penal, mayor mental, mayor del todo. La prueba es que esperé dos años, como una mayor, para que se dignasen colgarme cinco más. Yo soy joven, pero en el sitio adonde vamos todo el mundo es joven. Creo que las prisiones-escuela están reservadas para menores de treinta o treinta y cinco años.

Por la mañana, el paisaje cambió, se peló, se difuminó. Subíamos hacia el norte. Al mediodía, el tren paró por fin. Tenía prisa por descalzarme. No había pensado en coger las zapatillas, y hacía

tanto tiempo que llevaba las sandalias de la cárcel que había perdido la costumbre de llevar tacón alto.

—¡Átese las sandalias!

Había oído esto durante dos años, lo mismo que «Quítese ese negro de los ojos» y «Póngase inmediatamente la combinación, pero ¿no le da vergüenza no llevar nada debajo del jersey?». ¿Qué me chillarían ahora?

—¿Quiere que le eche una mano?

Ya no me daban órdenes, me sugerían, y las palabras estaban bien entonadas, ya no me las ladraban. Nuestro grupo se reunía en el andén y unas mujeres sonrientes y seráficas nos ayudaban a llevar nuestras maletas, nuestros paquetes, atados de mala manera, y nuestras pobres bolsas llenas de cosas disparatadas y todas ellas indispensables.

—Intentemos quedarnos una al lado de la otra, ¿quiere? —dijo Francine.

Después, otros signos, otras coincidencias, nos acercaron aún más: nos designaron el mismo grupo y por lo tanto fuimos visitadas por la misma celadora durante los tres meses de aislamiento reglamentario. Charlábamos por encima de los muros de los patios de paseo individuales, o durante las faenas, vajilla, limpieza general, que también hacíamos juntas: de dos en dos, del mismo grupo, Cine y yo alternando con otras.

Después de ese trimestre, teníamos que reu-

nirnos con el grupo. Hablábamos de ese día con más fervor que del de nuestra libertad, aún demasiado lejano. Soñábamos con una especie de *vita nuova*, olvidado el pasado gracias a ese grupo bien definido e íntegro, encerrado en pabellones, almidonado... En resumen, jóvenes colegialas, ovejas, coros de ángeles cantando al unísono.

Cine, ¿por qué a todos esos felices proyectos les tuvo que suceder una maldita realidad? En lugar de dejarme hacer tranquilamente mis pequeños planes, ¿por qué quisiste que te salpicaran? Yo acometía apuestas, intentos y riesgos porque no tenía muchas cosas con que pasar mi juventud y mi aburrimiento. Tú lo sabías, nos reíamos de ello, asomadas por la noche a la ventana de nuestras habitaciones sin barrotes (estaba prohibido decir «nuestras celdas»), a veces me reñías... y luego tú, de quien yo valoraba tu amistad, quisiste cargarme con tu amor. Creíste que podrías trasplantarme sentimientos, coserme un trozo de tu corazón...

En fin, Cine dormía ahí arriba y su sueño tomaba cuerpo: algo parecido a mis queridas orejas sangraba de muerte, moría lentamente, aquí, en el borde de la carretera, donde nunca más me pasearía contigo, Cine, o con Rolande o con otra, porque nunca volvería a andar. Por la forma en que me había sentado en el estribo del camión, veía como único futuro la postración y la inmovilidad definitiva.